

Valeria Coronel y Mercedes Prieto,  
coordinadoras

# Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana



---

Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación ecuatoriana /  
coordinado por Valeria Coronel y Mercedes Prieto. Quito : FLACSO, Sede Ecuador :  
Ministerio de Cultura, 2010

349 p. : ilus., fotografías, mapas, tablas. – (Colección Bicentenario)

ISBN : 978-9978-67-262-4

ECUADOR ; HISTORIA ; REVOLUCIÓN LIBERAL ; POLÍTICA ; ESTADO ;  
NACIÓN ; ARTE ; CULTURA ; CIENCIA ; GÉNERO ; MUJERES ; INDÍGENAS ;  
QUITO ; CLASES SOCIALES ; RELACIONES INTERÉTNICAS ;  
POSCOLONIALISMO

986.6 - CDD

---

© De la presente edición:

**FLACSO, Sede Ecuador**

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 323 8888

Fax: (593-2) 323 7960

[www.flacso.org.ec](http://www.flacso.org.ec)

**Ministerio de Cultura**

Av. Colón E5-34 y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 3814-550

[www.ministeriodecultura.gov.ec](http://www.ministeriodecultura.gov.ec)

ISBN: 978-9978-67-262-4

Cuidado de la edición: Verónica Vacas

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: CrearImagen

Quito, Ecuador, 2010

1ª. edición: noviembre 2010

# Índice

<b>Presentación</b> .....	7
Introducción	
<b>Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación: proyecto civilizatorio y fronteras coloniales en el Ecuador</b> .....	9
<i>Valeria Coronel y Mercedes Prieto</i>	
<b>Nace el arte moderno: espacios y definiciones en disputa (1895-1925),</b> .....	23
<i>Trinidad Pérez</i>	
<b>Mapas, obras y representaciones sobre la nación y el territorio. De la corografía al Instituto Geográfico Militar</b> .....	77
<i>Ernesto Capelo</i>	
<b>Cultura popular, vida cotidiana y modernidad periférica</b> .....	123
<i>Eduardo Kingman</i>	
<b>El discurso civilizatorio y el lugar del trabajo en la nación poscolonial</b> .....	155
<i>Valeria Coronel</i>	
<b>Las paradojas del liberalismo y las mujeres: coyuntura 1907-1909</b> .....	209
<i>Ana María Goetschel</i>	

<b>El congreso católico de mujeres en 1909 y la regeneración de la nación</b> .....	241
<i>Gioconda Herrera</i>	
<b>Los indios y la nación: historias y memorias en disputa</b> .....	265
<i>Mercedes Prieto</i>	
Epílogo	
<b>Historias de vida de mujeres indígenas a través de la educación y el liderazgo. Intersecciones de raza, género y locación</b> .....	317
<i>Sarah A. Radcliffe</i>	

# Presentación

Con ocasión del bicentenario de la Revolución de Quito, FLACSO-Sede Ecuador desarrolló una ambiciosa agenda de investigación que convocó a académicos nacionales e internacionales bajo la consigna de replantearse el análisis de dos siglos de esfuerzos por configurar el estado nacional ecuatoriano.

En el marco de este ejercicio de repensar la nación, no podía faltar una reflexión acerca de las celebraciones centenarias, bajo la consideración de que son huellas de los procesos de negociación nacional. Efectivamente, este volumen aborda el problema de la integración social, política y cultural en la primera mitad del siglo XX a través de una doble vertiente. Por un lado, desde el análisis de las políticas de representación de lo nacional y su significado en términos de la negociación de clase, raza, género y territorio. Y, por otro lado, desde las disputas políticas de diversos actores populares y medios que confrontan y dialogan con un “estado oligárquico”. Pero más allá de este concepto con el que la literatura ha comprendido el periodo de análisis, el presente volumen nos ofrece una versión renovada de cómo diversos grupos sociales –artesanos, indios, mujeres de distinta condición social, entre otros– así como círculos intelectuales intervienen en el escenario centenario para posicionar sus lenguajes y visiones de orden en un campo en conflicto, en un momento crucial de configuración del estado nacional.

Adrián Bonilla  
Director  
FLACSO-Sede Ecuador

# Introducción

## Celebraciones centenarias y negociaciones por la nación: proyecto civilizatorio y fronteras coloniales en Ecuador

Valeria Coronel y Mercedes Prieto<sup>1</sup>

Cuando se celebraron los cien años de independencia política entre los países latinoamericanos y el imperio español, las sociedades latinoamericanas se encontraban conmovidas por guerras civiles en las que se ponían en juego diversas visiones sobre la nación y sus poblaciones, al tiempo que se dirimía la posibilidad de consolidar Estados centrales y sistemas de partidos que sustituyeran al caudillismo y al poder “gamonal”. Efectivamente, la historiografía de varios países latinoamericanos ha identificado cómo la participación de grupos populares en las milicias durante estas guerras civiles –que se desplegaron por el continente entre finales del siglo XIX y principios del XX– modificó la capacidad de las clases subalternas de negociar temas sustanciales; a saber: su emancipación laboral, integración a la comunidad política y redistribución de tierras. La presión ejercida por estos grupos, tras movilizarse en tropas y montoneras, generó respuestas y reacciones tales como un incremento de la coerción, y la creación de instituciones intermedias para garantizar una lenta transformación de las relaciones laborales, estrategias que, en su conjunto, han sido interpretadas ya sea como un aplazamiento de la expansión de los derechos de ciudadanía (Scott, 1985), o como una modernización peculiar

---

1 Queremos agradecer a todas las personas que han colaborado en este esfuerzo y muy especialmente a Tania Correa Bohórquez, quien ha tenido la paciencia de hacer minuciosas revisiones a este manuscrito, y a Alejandro López por su apoyo en la investigación. Igualmente agradecemos al ministro Javier Ponce por la apertura del Archivo Histórico de las Fuerzas Armadas para el proyecto Políticas de la Memoria (FLACSO-Ministerio de Cultura), del que forma parte este volumen.

que combinó vías democráticas y autoritarias de incorporación del campesinado y clases populares en las estructuras de representación política (Mallon, 1995; Turits, 2004).

Justamente, este volumen estudia aspectos de los esfuerzos de negociar la nación en el Ecuador posbélico; los conflictos vividos a partir de 1880, en los cuales los campesinos en armas –montoneras y comunidades indígenas–, los artesanos y, sin lugar a dudas, también las élites involucradas en la larga disputa entre los partidos conservador y liberal generaron condiciones para que el régimen liberal se estableciera bajo la presión de distintas fuerzas. En este contexto, el régimen liberal establecido en 1895 intentó configurar un nuevo pacto político y, para este efecto, hizo un llamado de paz. La Asamblea Nacional Constituyente de 1897 dio pasos importantes hacia la pacificación, sin embargo estos fueron insuficientes. En varias regiones del país, el conflicto todavía estaba abierto, a través de expresiones militares pero también de otras formas de presión política, ya que distintos actores identificados como liberales o conservadores aún buscaban dirimir su ubicación en el cuerpo social posbélico de manera ventajosa. A su vez, las clases subalternas intentaban matizar las formas de dominación personal y ser incluidas como miembros de la nación. En este sentido, se trata de un momento de tensiones entre los órdenes regional y nacional, y entre proyectos de integración social.

Estas múltiples inquietudes e incertidumbres tuvieron expresiones territoriales particulares. Las montoneras de Esmeraldas y Manabí estaban a la expectativa tras el retorno a la presidencia del líder radical Eloy Alfaro. Al mismo tiempo, el partido liberal ya estaba seriamente fracturado, entre tendencias civilistas y otras radicales que traducían una mayor presión popular por reformas más radicales que incluían procesos de redistribución de tierras, así como el apoyo del Estado para controlar el poder personal de las élites terratenientes sobre el trabajo y la justicia. Por su parte, Azuay y Pichincha eran dos territorios donde la oposición conservadora había provocado confrontaciones importantes entre el Estado liberal y la poderosa élite regional. En este sentido, una negociación y finalización de las disputas con las élites y la solución entre los liberalismos estaban aún pendientes, y esas negociaciones se producirían, precisamente, en el marco de las celebraciones centenarias. Así, por ejemplo, las élites terratenien-

tes de Pichincha, en respuesta al triunfo de la Revolución Liberal y la amenaza del republicanismo popular, habían iniciado una reforma y modernización de sus patrones de administración poblacional en el espacio urbano, que si bien no alteraba su jerarquía y el sustento de su poder, traducía su apuesta por una modernidad construida desde arriba.

Este libro tiene como telón de fondo este contexto posbélico y llamado a la paz. Justamente, la inauguración de la conmemoración del primer centenario de la Revolución de Quito (1809-1909) fue uno de los escenarios desde donde se reiteró este llamado a la pacificación, el cual estuvo acompañado por una renovación de los lenguajes de representación de la nación. Ello quedó expresado en la serie de actividades diseñadas para los actos conmemorativos del centenario. Esfuerzos por ubicar a Ecuador en el concierto de naciones, sistematizar la historiografía de la patria, establecer instituciones modernas y legitimar formas expresivas de la sociedad civil dieron cuenta de nuevas miradas de la nación.

El interés de este trabajo es fundamentar que tanto los conflictos políticos como los nuevos lenguajes para hablar de la nación conformaron un proyecto cultural civilizatorio que a la vez demarcó fronteras coloniales, estableciendo formas de inclusión y exclusión social. El despliegue de estos nuevos lenguajes tuvo diversos escenarios y temporalidades, de manera que varios artículos de esta compilación se remontan al siglo XIX, y otros caminan hasta la década de 1940, con el propósito de trazar las trayectorias de aspectos particulares de los nuevos lenguajes y sus tensiones. De manera más particular, los capítulos analizan el lugar y las intervenciones de las mujeres, los indios, los artesanos y el mundo popular urbano en estas celebraciones. Asimismo, se detienen en instituciones y debates relacionados con campos del conocimiento, para mirar, desde otros enfoques, las disputas que atraviesan este proyecto cultural.

Lo interesante es, entonces, que las celebraciones centenarias se nos revelan hoy en día como las huellas de nuevas formas de mirar a las poblaciones, al territorio y los campos del saber. En aquel momento se buscó renovar los temas de conversación al subrayar la existencia de grupos poblacionales, como las mujeres, los indios, los artesanos y el pueblo en general, así como la existencia de instituciones y campos particulares del saber, como las artes, la cartografía o la historiografía. Bajo esta doble con-



sideración, política y de lenguajes nacionales, los artículos compilados en este volumen hablan tanto de las tensiones de los procesos de integración y exclusión social como de las disputas por nuevas formas de interpretación y representación de la nación.

Las élites de Ecuador celebraron, en Quito, punto de enunciación de los artículos, al menos tres aniversarios de su fundación republicana: el primer grito de la independencia sudamericana (1909), la obtención de la libertad y autonomía (1922) y el establecimiento de la República del Ecuador (1930). Al mismo tiempo, cada región de lo que hoy es el país celebró su propio centenario, ya que no hubo un evento centralizado, aunque las celebraciones de Quito fueron replicadas en diversas localidades. En la última conmemoración, sin embargo, como lo observa Mercedes Prieto, existe un esfuerzo por integrar la nación en un único programa de festejos. Se anuncia, así, una nueva época de fortalecimiento del Estado, ligada a un capítulo no abordado en este volumen, que es el de la construcción de una suerte de Estado nacional social a partir de la década del treinta.

Uno de los ejes en torno a los cuales giraron las celebraciones, tanto en 1909 como durante los siguientes festejos, fue la realización de exhibiciones a la usanza de las exposiciones universales de fines del XIX. En este sentido, resulta paradigmática la Exposición Nacional que presentó artefactos locales e internacionales y que fue desarrollada en Quito en 1909. Estudiosos de este tipo de exhibiciones indican que estas fueron vitrinas donde se desplegaron los valores fundamentales de las sociedades industriales y de los modernos imperios: exhibían, con un orden jerárquico, los prodigios del progreso, las mercancías y objetos culturales que llamaban la atención de Occidente hacia los continentes coloniales y poscoloniales. Se trataba de un llamado hacia la civilización moderna, que portaba una visión contrastada entre las sociedades nacionales metropolitanas y las colonias y poscolonias o repúblicas periféricas, las cuales fueron propuestas como civilizaciones orientales.

Como recuerda Valeria Coronel en el capítulo de su autoría, estas vitrinas de la civilización moderna enfatizaban en dos grandes valores: la igualdad y la autonomía subjetiva, nociones que permitían articular el poder con el placer. Así, trabajo, demandas políticas y sociales, entre otras, se conjugan con la formación de campos del saber y la estética, y es

por ello que hablamos de estas celebraciones como un componente esencial del proyecto cultural de las élites. Las vitrinas portaban, además, artefactos que llamaban la mirada hacia la periferia y sus habitantes, sugiriendo contrastes entre la subjetividad moderna de las élites y los procesos de aprendizaje inconclusos o su diferencia sustantiva respecto a los sujetos subalternos poscoloniales.

Este proyecto cultural habla de lo que constituye una civilización moderna y de sus instituciones, y estuvo caracterizado por una coexistencia del racionalismo instrumental y la autonomía subjetiva. Pero, al mismo tiempo, el territorio universal se organizaba y jerarquizaba contrastando civilizaciones y proponiendo la existencia de unas civilizaciones “otras”, en las cuales las instituciones sociales integraban en un todo la religión, la economía y la política, clausurando el espacio para la autonomía subjetiva y el racionalismo (Harootunian, 2000). Así, la más influyente exposición universal, la de París, a los cien años de la revolución, mostró una escenografía que hablaba del presente moderno como un lugar desde el que se podía “recapitular el pasado y controlar el futuro” (Tenorio-Trillo, 1998: 135-144). La galería denominada “Exposición retrospectiva del trabajo y de las ciencias antropológicas” y la de las “Habitaciones del hombre” exhibían objetos cuyo valor se atribuía a la conciencia religiosa de antiguas civilizaciones y reinos despóticos que se reproducían, según este discurso, en las costumbres de los nativos contemporáneos localizados en las periferias. Estos artefactos portaban un discurso sobre la capacidad de los poderes imperiales de conocer y coleccionar objetos desenchajándolos de lo que, se suponía, era su entorno mitológico, para, en Occidente, convertirlos en curiosidades, tesoros museísticos y mercancías (Mitchell, 2004).

Este repertorio de las representaciones mundiales, que alcanzó una presencia global entre finales del siglo XIX y principios del XX, transitó hacia Latinoamérica. Pero este desplazamiento no puede ser visto solo como un efecto de transferencia de un aparato discursivo-institucional de las metrópolis a las periferias (Sartori, 2005). Tensos procesos de reconfiguración territorial, ligados a la formación de nuevos órdenes coloniales y poscoloniales se constituían en espacios que se apropiaron del concepto de civilización. De esta manera, la noción de civilización entró a formar parte de los repertorios de acción de las élites y los actores que participa-

ban en las prolongadas guerras civiles de la región, y de sus proyectos de hegemonía cultural. Los actores en competencia, en campos de fuerza específicos, dieron sentido al uso político del lenguaje civilizatorio. Es conocido, por ejemplo, el papel que tuvo la obra de Domingo Faustino Sarmiento, *Civilización y barbarie*, en la Argentina de Juan Manuel de Rosas. Esta expresaba el conflicto regional de ese país y las aspiraciones del partido liberal. El escrito trataba de establecer un contraste entre la vida rural, que se consideraba estaba en las raíces del caudillismo, y las imaginadas formas políticas modernas, ligadas a la vida urbana. De la misma forma, en el espacio andino se produjeron usos del concepto de civilización que buscaban demarcar una diferencia entre poblaciones indígenas rurales y poblaciones mestizas urbanas. Como lo ha observado Aline Helg (1999) en su estudio de Argentina, lo que estaba de por medio, mucho más que una competencia entre concepciones ideológicas conservadoras y liberales, era el problema racial que pesaba sobre las clases subalternas. A finales del siglo XIX y principios del XX, el darwinismo social era indisoluble del discurso civilizatorio y las jerarquías que este establecía.

Por ello, es posible proponer que el ciclo de las celebraciones centenarias en América Latina marcan un punto de giro del discurso civilizatorio exhibido en las exposiciones universales. En efecto, la celebración del centenario en Ecuador marca un cambio significativo de guión, entre lo que se había demandado al país para instalar sus muestras en las exposiciones universales e integrarlas al canon de las representaciones orientalistas, y lo que la república intentaba simbolizar a través de su integración en el círculo de las naciones como civilizaciones gobernadas por élites occidentales que articulaban en una perfecta jerarquía a las poblaciones nativas y su historia.

Las diferencias entre la imagen de Ecuador representada en París y la que se ofrece en la Exposición Nacional por el centenario, en 1909, hablan de este giro. En la Exposición de París, según el testimonio del periodista José Martí, el pabellón del Ecuador contrastaba con el de una Argentina que se retrataba como progresista, ya que el Ecuador de las élites se representaba como una civilización oriental que se componía por un templo inca con dibujos y adornos “como los que los indios de antes ponían en los templos del Sol, y adentro, los metales y cacaos famosos, y tejidos y bordados de mucha finura, en mostradores de cristal y de oro”

(Martí, 1889: 24). En efecto, según se desprende de una circular de la comisión de la sección ecuatoriana publicada en el *Diario de Avisos* del 11 de octubre de 1888, París pidió, expresamente, del Ecuador: “momias, ídolos, armas, vestidos, adornos y otros objetos de origen Inca”. Entre hamacas colgadas, cauchos y palmeras, se habían instalado estos artefactos incas, junto con los de tribus amazónicas, para una más fácil comprensión de los visitantes. El *Diario de Avisos* era claro al transmitir que con los objetos solicitados a Ecuador para ser instalados en París no solo se quería hablar de un posible interés mercantil en el territorio andino, sino dejar instalado en la mente de los visitantes un discurso sobre civilización periférica:

“no tiene valor mercantil, pero estarán en armonía con el carácter antropológico del pabellón de la sección ecuatoriana, que representa un templo de los aborígenes”.

En franco contraste con esta representación, en la Exposición Nacional de 1909, el Estado liberal buscó construir una imagen nacional ligada al progreso a través de la producción y de un orden político moderno, pero también llamó a un acuerdo de paz que permitiera el cese de un largo conflicto civil y posibilitara la integración del país al círculo de las naciones democráticas y occidentales. Este llamado tuvo un correlato en la reformulación del discurso racial decimonónico, aspecto resaltado en varios estudios de América Latina. Así, por ejemplo, Aline Helg (1999: 45) ha observado cómo en Argentina, tras varias décadas de fomento a la migración europea con fines de blanqueamiento racial y en un momento en que se trataba de fortalecer el papel del Estado sobre estas poblaciones a través de la educación, se produce una exacerbación de los discursos nacionalistas, que encuentran un gran escenario en la celebración del centenario de ese país. Estos discursos nacionalistas proponen una imagen positiva del nativo, ya no como el noble salvaje, sino como fantasmas de un pasado civilizado y glorioso, o capaz de dominar la naturaleza, alegorías que pasan a ser un ancla identitaria en los procesos de formación cultural nacionalista. Mercedes Prieto (2004) propone que, a partir de la intensa activación cultural que produce el centenario, ocurre una lenta transfiguración del papel de los indios en el discurso nacional en Ecuador.

Su trabajo muestra cómo una retórica refinada de lo indio se integra en alegorías ligadas a la producción y al trabajo, al tiempo que se rescata el carácter civilizado de los imperios y señoríos andinos, que pasan a formar parte del acervo nacional.

Este proyecto civilizatorio revela una modernización que propone una integración social desde arriba. Así, las sociabilidades de las mujeres y de los artesanos exploradas por los artículos de Gioconda Herrera, Ana María Goetschel y Valeria Coronel, no solo expresaron esta renovación de los lenguajes, sino que también mostraron sus propias tensiones internas entre actores que buscaban inclusión, y se mostraron como escenarios propicios para observar cuán cercanos eran los actores aparentemente marginales, como las mujeres y los artesanos, al conflicto político entre liberalismo y conservadurismo. Los espacios de sociabilidad femenina y los de sociabilidad obrera mostraron ser campos de batalla, por la inclusión de nuevos actores y por dotar de sentidos al lenguaje de lo nacional en el conjunto de tensiones políticas de la república en la época. Al tiempo, para 1909, estas sociabilidades marcaron los derroteros de la negociación entre el Estado y las élites conservadoras respecto de las características de una civilización incluyente y, a la vez, vertical. En Guayas, al igual que en Pichincha, la consolidación de procesos incipientes de inclusión y legitimación de nuevos actores, las mujeres, y nuevas inclusiones de entre las clases subalternas, el obrerismo urbano, fueron algunos efectos del gran despliegue de representaciones, medidas extraordinarias y pactos políticos que marcaron el escenario cultural de las celebraciones del centenario en las metrópolis de entonces. Al margen de este pacto de inclusión y legitimación, se dieron procesos menos transparentes, pero igualmente fundamentales, en la configuración del orden regional a la base del Estado liberal: la postergación del conflicto campesino indígena, y la construcción de un modelo de inclusión desde arriba que, como lo establece el artículo de Valeria Coronel, supuso un proceso de extirpación de la deliberación y antagonismo político entre facciones al interior de los gremios, una desmovilización, por tanto, del liberalismo popular en los núcleos obreros de la Sierra, y una delimitación del liberalismo popular como patrimonio civilizatorio de la gobernación y el municipio del Guayas, dentro del marco de una democratización gradualista.

Estas discusiones pueden leerse dentro de una tradición historiográfica latinoamericanista que se ha ocupado del estudio de los procesos que permitieron la transformación de los Estados, de aparatos ligados al interés terrateniente, profundamente marcados por los legados coloniales –como lo fueron todos los Estados latinoamericanos durante el siglo XIX– a Estados que reconocen su dependencia de procesos de negociación e inclusión más amplios. Se trata de una lectura de la formación del Estado nacional a partir del análisis de procesos sustanciales de transformación de sociedades sustentadas en lazos coloniales, y Estados marcados por la reproducción de las prácticas de segregación o articulación mediante mecanismos forzados de los sectores populares, a su vez sometidos a formas de dominación personal e imaginarios de una diferencia ontológica o cultural de matriz colonial.

En este proceso, como lo ha observado Rebecca Scott para el caso de Cuba, hemos de tomar en cuenta la transformación de las relaciones de jerarquía y dependencia en el proceso mismo de los conflictos o acciones colectivas, y, por otro lado, hemos de considerar cómo, en el espacio de la institucionalización de los cambios, se miden la fuerza de las coaliciones entre actores involucrados, y el Estado deja de ser un espacio vacío donde se compite para influir en tanto actor que posee legados, lenguajes y formas históricas de resolución de conflictos que se modifican en el proceso (Negretto, 2002).

Otro elemento de este proyecto civilizatorio fue el establecimiento de un nuevo orden de legitimidades y códigos que entran a imperar en el campo de la estética, la geografía, el urbanismo y la historia, entre otros. Se trató de procesos similares a los vividos por otros países de la región y que traducían nuevas convenciones de convivencia de sociedades industriales, coloniales y periféricas, donde se establecen jerarquías entre e intra-naciones. Varios autores de esta compilación enfocan estos procesos mediante el análisis de campos cruzados por el conflicto y contribuyen al entendimiento de los lenguajes y condiciones en los que se produce la modificación/renovación de las fronteras coloniales, calificando así el lugar que ocupa el discurso sobre la nación en el contexto específico.

Efectivamente, el proyecto civilizatorio, las sociabilidades y las estrategias de integración social fueron organizando nuevas fronteras coloniales,

sobre bases y asunciones racializadas de la población. Como ya indicamos, el trabajo de Mercedes Prieto muestra cómo las disputas por las narrativas históricas colocan a los indios rurales como sujetos orientalizados y capaces de producir y representar folclore, mientras que los indios urbanos tienen encarnados trazos de la memoria de Atahualpa, lo que les permite hacerse parte de las celebraciones de los cuatrocientos años de su muerte. Sin embargo, Eduardo Kingman nos revela que no toda la población urbana de Quito tiene esta capacidad de conmemorar el pasado. En su descripción de los ajetreos cotidianos de la ciudad se vislumbra un conjunto indescifrable de población que deambula sin tener lugares precisos de ubicación social. Pero, a diferencia de los indios rurales, este conjunto social se encuentra con otros sujetos urbanos en las cantinas, estableciéndose así espacios y lazos de sociabilidad y fronteras coloniales móviles entre los habitantes urbanos. Este trabajo contribuye a observar cómo se desbordaban los códigos y fronteras por parte de un sector popular urbano que movía una serie de recursos y tácticas para mantener vivos los escenarios de socialización y de búsqueda del bien común, autónomos del horizonte hegemónico.

Las mujeres de las élites, por su parte, asedian al proyecto civilizatorio del Estado liberal, pues no quieren ser solo objetos domésticos, ni tampoco ser confinadas a los espacios de la colonialidad. Su localización, compleja y paradójica –dado que parcialmente se las considera menores de edad, al igual que a los indios–, lleva a las mujeres liberales a realizar penetrantes críticas al autoritarismo del gobierno liberal y a las ambigüedades en torno a su papel político, según lo propone Ana María Goetschel. Justamente, su artículo, centrado en analizar la propuesta liberal de integración de las mujeres letradas, revela las tensiones entre mujeres liberales y gobierno liberal en el contexto celebratorio. Pero esta compleja constitución de las mujeres letradas lleva a las conservadoras a erigirse en baluartes de la moral cristiana y a contrapuntear el conjunto de las celebraciones oficiales a través de un congreso de señoras católicas. El texto de Gioconda Herrera enfatiza en las disputas por el control de la esfera pública, entre la Iglesia Católica, grupos conservadores y el Estado liberal. Entre otros aspectos, esta disputa establece una frontera entre aquellos grupos objetos de autonomía subjetiva y aquellos a los cuales solo la reli-

gión establecía como seres humanos. Y allí quedan parcialmente atrapadas las propias mujeres de las élites, a quienes se les confiere derechos bajo la condición de no apartarse del cristianismo. Pero un terreno oscurecido y escamoteado por el quehacer público de estas mujeres es el de las indígenas, que quedan in-nombradas en el marco de las celebraciones centenarias.

Por su parte, las instituciones estudiadas en este volumen declaran y legitiman pautas de distinción, proporcionando el fundamento para un ordenamiento que demarcan las ciencias del sentido común y del saber consuetudinario. El trabajo de Ernesto Capello nos revela que la cartografía y el proceso de construcción del Instituto Geográfico Militar estuvo marcado por conflictos de diversa índole: la expropiación de saberes locales, y la organización de los territorios con soporte en una racionalidad instrumental que confronta a los indios rurales y sus saberes consuetudinarios, demarcando así, a través de otros mecanismos, nuevas fronteras coloniales, pues, según el argumento elitista, hay poblaciones que no aceptan el progreso y la ciencia. En una línea similar, el trabajo de Trinidad Pérez nos muestra los esfuerzos por deslindar el arte de las artes aplicadas o manuales, lo cual va aparejado a organizar jerarquías de clase y distinciones entre el trabajo creativo y el rutinario, manual de los obreros. Aunque de manera distinta, ambos estudios proponen cómo, desde la construcción de instituciones modernas, se procede a crear límites de la colonialidad, donde, otra vez, los indios rurales y los artesanos son los objetos usados para estas fronteras más o menos móviles. El artículo de Valeria Coronel aborda, a contrapunto, cómo el contexto celebratorio permite elaborar la integración del artesanado urbano en la idea de lo nacional, al tiempo que esta aceptación y legitimidad en el conjunto promueve una desmovilización política de las facciones en disputa dentro del espacio artesanal. Varios artículos muestran cómo la incorporación alegórica de lo indígena, la legitimación del papel de las mujeres y los artesanos como ciudadanos integrados a una nación gradualmente incluyente, y la incorporación de la modernidad en los lenguajes de las artes y las ciencias constituyen vehículos para el establecimiento de un orden social y político renovado. En varios sentidos, la civilización constituida en torno a la alegoría de la nación centenaria, y nuestros artículos, que cons-



truyen una pesquisa de sus huellas, giran en torno a una presencia fantasmagórica, aquello que la Revolución Liberal y la civilización modernista del primer centenario no pudieron procesar: el campesinado indígena, que fue crucial para el ascenso del liberalismo a la Sierra pero no logró coaliciones suficientes para ver incluida su agenda de reivindicaciones en los procesos de negociación de la paz a nivel nacional.

En suma, buscamos subrayar que las celebraciones centenarias, que no hablan del pasado sino del presente, portaron un discurso civilizatorio que modifica las condiciones de competencia social que habían establecido el período de máxima movilización social hacia el conflicto; el discurso civilizatorio, apropiado por distintos actores en el campo de fuerzas, permite traducir transformaciones y, al mismo tiempo, replantear nuevas fronteras coloniales, aportando así, de forma crucial, a la conformación de un nuevo modelo de articulación y jerarquización social. Los conflictos civiles y la entronización del Estado liberal han causado transformaciones, pero estas no se asientan sobre un terreno vacío, sino que son resignificadas por actores específicos: los diputados, las mujeres de élite, los artesanos, los campesinos y la Iglesia Católica, cuya posición se constituye, además, en campos de fuerza regional.

La experiencia histórica descrita en los distintos capítulos permite observar una renovación del discurso nacional, con un nuevo lenguaje marcado por la presencia de un republicanismo liberal en el Estado central, y por una renovación de las estrategias conservadoras en la formación de sociabilidades. La producción de discursos sobre lo nacional, así como la instalación de espacios de integración social, según se propone en los capítulos que componen este libro, se construyen en constante interacción con un proceso simultáneo de reconfiguración de la frontera colonial. Esta se vuelve más compleja, y múltiple. Los artículos proponen que la frontera colonial no se resuelve de una vez y para siempre, a los cien años de vida independiente, esta y su poder dentro de las batallas por la nación son apenas modificados, y denotan su multiplicidad en varios campos y experiencias sociales.

Para reforzar nuestra hipótesis y establecer un nexo con el Ecuador contemporáneo se ha incorporado, como epílogo, el trabajo de Sarah Radcliffe sobre las mujeres indígenas de hoy. Con ello, buscamos romper

el silencio que pesó sobre este grupo durante las celebraciones centenarias, para que sea como un puente que conduce a seguir pensando, doscientos años después de la revolución de Quito, las fronteras coloniales; en este caso, a través del análisis de la vida de mujeres indígenas y su negociación en el campo de la educación y el liderazgo político. El texto nos habla de cómo las mujeres indígenas de hoy ponen en jaque las fronteras de la colonialidad del mundo rural, y de manera particular nos muestra que la educación, la trashumancia y los puestos organizativos, en tanto momentos extraordinarios en sus trayectorias de vida, han abierto una ruta para que las mujeres líderes experimenten “momentos de nacionalización”. Estos lapsos excepcionales aluden a las ambiguas y contradictorias formas de pertenencia de las mujeres indígenas en un supuesto Estado multicultural, según lo pronuncian las bases constitucionales del país.

## Bibliografía

- Harootunian, Harry (2000). *History's Disquiet. Modernity, Cultural Practice and the Question of Everyday Life*. Nueva York: Columbia University Press.
- Helg, Aline (1999). “Race in Argentina and Cuba, 1880-1930: Theory, Policies, and Popular Reactions”. En *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*, Richard Graham (Ed.): 37-69. Austin: The University of Texas Press.
- Mallon, Florencia (1995). *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley: University of California Press.
- Martí, José (1995 [1889]). “La Exposición de París”. En *La edad de oro*: 100-117. La Habana: Estudios Martianos.
- Mitchell, Timothy (2004). “Orientalism and the Exhibitionary Order”. En *Colonialism and Culture*, Nicholas Dirks (Ed.): 289-317. Ann Arbor: The University of Michigan Press.
- Negretto, Gabriel (2002). “State Formation and Democracy in Latin America, 1810-1900”. En *Journal of Latin American Studies* 34 (1): 168-170.

- Prieto, Mercedes (2004). *Liberalismo y temor: imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial, 1895-1950*. Quito: FLACSO-Sede Ecuador y Ediciones Abya Yala.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1985). *Facundo o Civilización y barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Sartori, Andrew (2005). "The Resonance of 'Culture': Framing a Problem in Global Concept-History". En *Comparative Studies in Society and History* 47 (4): 676-699.
- Scott, Rebecca (1985). *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Tenorio-Trillo, Mauricio (1998). "Artilugio de la nación moderna". En *Historiografía general y del Perú: autores y obras del pensamiento histórico*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Turits, Richard Lee (2004). *Foundations of Despotism: Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford: Stanford University Press.